

Monólogo del Bautismo Montañero de un baquiano

Corría mediados de marzo de 2013, un día propicio para salir con mi nueva BH a un lugar llamado monte en una de esas pocas ocasiones que podemos ver un esplendoroso verdor salpicado de flores amarillas, los pantanos llenos y todavía nieve en las cumbres. Había subido por Matalacasilla al Corral de la Cabaña para ascender a Torales y bajar por Los Senderos - paseo de los caliegos convertidos en mineros- entre Peña Palacios y Peña Lampa, regresando por Vallequín a Valle San Quirce y Vallemoso.

Antes de iniciar la vertiginosa bajada me obsequié con un descanso en Torre Malalana, mojón de arca visible desde Guardo y que Zósimo se dedica a restaurar. Mi única compañía eran los caprichosos dibujos que forman las constantes estelas de aviones que surcan el cielo y que configuran las autovías del denso tráfico aéreo que por esta zona concurre en la ruta de Faro a Holanda.

El escenario no podía ser más edificante. Aquí me sentía acogido con la sonrisa de la montaña. Era tal el espectáculo en medio de la nada, con panorámicas de tal regocijo espiritual, que me sentí abducido por la hermosura de las cercanas sierras, a las que casi podía tocar. Ahora entendía que hubiera gente que todos los fines de semana se daban a la tarea de enfundarse una mochila y salir de ruta en busca de cerros y parajes.

Hacía poco había leído la cartelera de actividades anuales del club local Peña Torquilla, que si bien no resultaban muy significativas vistas tras el cristal de los escaparates de las tiendas, aquí cobraban sentido. Quizás era hora de salir con ellos a ver esas experiencias como religiosas de las que he oído hablar, donde todos dicen disfrutar, donde no hay ganadores ni perdedores.

Mientras me surgían éstas y otras elucubraciones de agridulce ventura de acoso primaveral, convergían hacia mí unos nubarrones que tapaban los cordales ("¡Vaya morros tiene por allí arriba!" -que diría mi madre-). Era la hora de partir, con el juramento de volver y con la decisión tomada de apuntarme a una de esas excursiones.

Así lo hice y llegó el día, un domingo cualquiera... Eran las 7 de la mañana y esperábamos en el Monumento al Minero un montón de gente a que viniera el autobús. Ahora entendía por qué mi cuñado José Luis, al que gusta de darse también buenas caminatas, dice que "parece que van a trabajar" por lo temprano de la hora de salida. A mí, como era mi iniciática prueba montana, este madrugón no me importó, como tampoco las veces que me había despabilado por la noche pensando en esta aventura. Me sentía algo nervioso y descolocado, recuperando emociones de cuando niño.

Nos presentaron a los responsables. El Guía adjunto pasaba lista y el simpático chófer apuraba su cigarrillo antes de emprender la marcha. Y es que Paco, que así se llama, estaba a punto de jubilarse (Esto del retiro parecía otra costumbre de este club, que ya lo había hecho con Pedro, otro amable conductor).

El viaje no fue muy largo pues nuestro destino era Cardaño de Arriba. Había dos posibles rutas, una al Coto Redondo ("Internauta" según algunos) para los menos experimentados y otra más arriesgada al Pico Infierno, de 'dos rombos', para los más audaces, con crampones y esos artilugios para el hielo cuya comprometida dificultad exige más responsabilidad.

Total, que salimos todos juntos. Pronto los intrépidos de Peña Prieta iban desapareciendo en el horizonte como reata de montañeros después del nudo de senderos en el Camino de Lomas tras pasar el Valcabe, impetuoso arroyo en la estación de primavera.

Enseguida conocí al Guía principal, no porque caminara en sandalias o porque fuera de sobrado, sino porque además de serlo lo parecía. Se pegó a mí y prácticamente no se separaría en toda la jornada, haciendo de padrino, mecenazgo que me regalaba tranquilidad. Se esforzaba en explicar que hay que hacer montaña con cabeza, observacional: disfrutando del paisaje, de la flora, fauna... Que no hace falta ir a toda leche andando sólo por andar.

Mientras me explicaba su filosofía "low" de la montaña, que así lo había bautizado, yo no lo tenía muy claro, pues me costaba remar por la cuesta del Camino de San Lorenzo y le contestaba, renqueante, que sí a todo. Él parecía una bailarina andando, como que no posaba los pies en el suelo y su cansino ritmo era duro para mí, todavía aprendiz de montañero. No podía ni tomar fotos de las bonitas cascadas que surgían de las laderas, porque en el momento que me paraba a preparar la cámara ya me sacaban una distancia difícil de recuperar. Por su experiencia notaría que yo iba un poco 'a regañadientes'. No tardó en animarme y explicar que lo bueno estaba por llegar y que era mejor empezar subiendo, porque la primera parte es la peor, que es subida, y que luego, en seguida se olvida.

Yo no hacía más que mirar a mi celular de última generación, pero no encontraba la aplicación descargable que me subiera directamente.

A veces los que iban un poco más adelantados se paraban como para esperarnos a los rezagados. Se nos abrían los pulmones sólo en pensar que llegaba un descanso. Pero no. Era lo que llaman "parada cabrón" porque en el momento que llegábamos arrancaban otra vez, quedándonos un poco la cara de jilipueñas. Sin embargo poco a poco parecía que me costaba menos la ascensión, y me sentía agradecido, privilegiado en medio de un paraíso natural.

Disfrutaba también del ambiente de los montañeros, con animadas conversaciones. Unos hablaban de estar orgullosos de pertenecer a un 'Club saludable' (No sé si se referían a la sana afición deportiva o por tener saneada la economía); otros iban un poco más allá con conversaciones 'de mayores' aprovechando cuando las chicas del grupo iban un poco dispersas (Hacían referencia a un 'circuitito'. Supongo que se trataba de esos ambientes nocturnos donde todavía uno puede ligar... Salían también a relucir los últimos 'atropos' que había de nuevas parejas entre los separados, viudos y divorciados...).

En fin, que el personal era de lo más variopinto: estaba el incansable fotógrafo que immortalizaba cualquier rama, hoja, bicho por pequeño que fuera; otro que buscaba efigies montañeras en las rocas, bien las sombras que formaban interesantes celosías de claroscuros o figuras caprichosas de los roquedos. Y no faltaba aquél que está toda la semana esperando que llegue este momento para despotricar en contra de los políticos de turno. Tampoco dejaba de estar el típico agonías, rutón él, que siempre encuentra el motivo suficiente para demostrar una vez más su insociabilidad con el grupo.

En fin, que superadas las Rampas del Hontanillas llegamos a un collado, nudo de aristas. Iba derrengado, pero el descanso aquí me vino como un segundo aliento que haría que ya aguantase firme todo el día. Asomarse en la línea hacia Valcaliente y Valcabe era presagio de vistas aún más fabulosas.

El segundo Guía era un entusiasta de investigar paisajes, según me contaban, experto

donde los hubiera. Como buen gregario, parecía que se tenía guardada una baza en la manga... Sus constantes referencias a los emplazamientos por los que pasábamos y veíamos se me solapaban uno tras otro como un montón estresante de topónimos. ¡Cuánto sabía el pájaro!

Una trocha nos llevó fácilmente a la cumbre, donde tomamos una ajustada conciencia del paisaje con todo lo que se nos ofrecía a nuestro alrededor. Por una parte estábamos arriba del mundo, pero por otra, bajo imponentes cotas que nos rodeaban y que formaban una coreografía impresionantemente solidaria unas con otras.

Nos dispusimos a brindar con nuestros bocatas, el mío de tropiezos, pues no sabía qué se estilaba en estos casos de montañero esporádico. Luego vinieron las botas y más tarde las petacas con sus orujos caseros.

Bajamos otra vez al collado, ahora con renovado entusiasmo. El segundo guía nos sugirió la alternativa de continuar más para arriba (¡Ya me parecía que algo tramaba!).

- "¿Y por qué no?" -pensé-. Se veía todo muy enriscado para arriba. Habría que 'agarrarse a la doble', que dirían nuestros mayores.

Seguimos sendero arriba y ya no me costaba tanto (Era como que había aprendido a regular esfuerzos). Llegamos a la cuerda, que tomamos hasta El Frontino, de unos 2200 m. de altitud. Debajo veíamos su lago con el correspondiente emisario. Estábamos en el medio del cordal de Fuentes Carrionas, una gran sierra, donde ahora no parecía haber nada más elevado y en picos cuyos emblemáticos nombres son mil veces repetidos por los senderistas que visitan la Montaña Palentina. La brisa nos daba sentido de la libertad, integrados en el paisaje laico (Al menos eso creí entonces.) y lejos de la civilización. La inmensidad que me rodeaba me hacía sentir frágil. Se veía al mundo desde ahí arriba con tanta humildad que se minimizaban los problemas ordinarios, desapareciendo la presión de lo cotidiano.

Ahora era el Guía principal el que se explayaba con poner nombres a todo lo que se veía aquí en el límite fronterizo entre León y Palencia, desde las aguas que vierten al Carrión hasta las que riegan el río Esla, con los vecinos Picos de Europa al lado. No se cansaba de describir "allá... aquél... por allí... es por donde...", saliendo una impresionante parrilla de recorridos que conocía.

Yo, por mi parte, meditaba cómo juntar todas estas acaballadas sensaciones sin que me faltara detalle alguno para poder contar y compartir este derroche de vivencias con mis colegas de trabajo y de alterne.

Después de los brindis y fotos de rigor había que pensar en bajar. Fue el ilustre momento del guía, que decía que estaba cambiante la 'meteo' y que había que apurar la bajada. A mí me parecía una "javierada" suya (que así me dio por llamar a las ocurrencias del guía jefe), ya que se empeñó en hacer el descenso a cañón, por suelo roquero y monte bajo donde las escobas, aulagas y garduñas nos impedían encontrar un itinerario que fuera cierto.

Como alfareros de senderos habíamos conseguido llegar al pueblo antes que empezara la tormenta. Nos encontramos en el aparcamiento a los intrépidos cañeros de la otra ruta que se habían topado con nieve, granizo, ventisca... todos los ingredientes necesarios para demostrar su prudencia y declinar la ascensión final antes de meterse en un embolado del que no pudieran salir.

A la vuelta paramos en el Puente Agudín a tomar un refrigerio e intercambiar experiencias y recuerdos gráficos. Como siempre, y rigurosamente rotativo, hoy le tocaría a

uno de los habituales hacer una crónica del viaje para ponerlo en la web y tener así sus cinco minutos de gloria en la red.

Volvía a casa con el Efecto Montaña: fresca energía que nos da la actividad de esta afición, que tiene mucho paralelismo con la lucha diaria, como forma de vida en superar objetivos y sueños. Regresaba, sí, con la sensación de que me había convertido de golpe en un consumado montañero al que aún le quedan muchas páginas que escribir sobre las cimas pendientes. Y había aprendido de los esforzados compañeros que el objetivo no es subir un pico, sino que lo único relevante es el desafío de descubrir y disfrutar del camino por el cual se llega a él, aunque se le corone cien veces de otras cien formas diferentes.

¡BUENA SENDA!

Josea Bardasco - (Técnico de senderos)